



VOL 75 N° 1
ENERO-FEBRERO 2007

Ilustración

SALVADOR CHADA

(Artista plástico argentino contemporáneo, nació en San Luis en 1952)



"Viejo mateando"
Óleo, 88 x 78 cm



"Mujer con niña en muelle"
Óleo, 45 x 35 cm

La obra de Salvador Chada demostró desde sus inicios un principio viviente. En la búsqueda de formas perfectas se evidencia en el artista la transparencia hacia la sinceridad en la traducción del "ánimo" de los personajes. Es un arte auténtico que se muestra pleno en las figuras representadas ("*Viejo mateando*", "*Mujer con niña en muelle*", "*Viejos con caldera*"). Ellas expresan sin ambigüedad el sentimiento del instante. El artista capta la exteriorización de los "ánimos" con trazos definidos en la línea y en el pigmento. No hay en sus retratos un extravío de la realidad emocional que involucra al hombre en la residencia terrenal. Esta impresión se desborda en el primer plano de su obra dejando a la forma en la perspectiva del efecto logrado. La manifestación del espíritu artístico que la creó se confunde con la perfección de la belleza que emana desde las espátulas y los pinceles. En este puente emotivo entre el acto creador y la impronta lograda se desvanece la oposición que le dio origen, hasta hacer confluír al artista con su obra en una alquimia de perpetuidad. La armonía obtenida revela que el secreto de la perfección se halla en la transfiguración de la exaltación. Este efecto entre arte y vida, melancolía y conformismo se halla presente en una galería extensa de obras y personajes del artista. Actores de la tragedia humana, en sus representaciones no evidencia Salvador Chada ningún desequilibrio entre propósito y realización. El pintor captura la idea bosquejada en la contemplación de los hombres y los vierte en el lienzo; en la búsqueda de las emociones se suceden las líneas.

En "*Doce chicos*" se quiebra este axioma. Sus figuras ya no son la percepción de un estado de sensibilidad. No se estacionan en la contemplación, se abalanzan a indagar sus propios futuros. Se evaden de la sensibilidad del autor y se vuelven autárquicos. Buscan inmiscuirse en la existencia con un dejo de inocencia y aventura. Esas figuras ya no están sujetas a la tela, se vuelcan espontáneas y esperanzadas a consumir la vida.

El arte por excelencia es el dilema que inquieta al hombre. En este acto hay liberación. A veces ella se consigue en la demostración perenne de un "ánimo". En otras, como en "*Doce chicos*", esta liberación es un salto desde la inercia hacia la ilusión que ofrece abrir los párpados para volcarse a la percepción del



"Viejos con caldera"
Óleo, 88 x 78 cm

mundo exterior. El logro es haber transfigurado el trazo hacia la imaginación. Es la culminación de la obra el adueñarse de la autonomía que alguna vez sólo estuvo en el deseo de una mano y un pincel. *Al fin, el arte es inadecuado si no expresa autenticidad.*

EXISTIR ES UNA SENSACIÓN IRRESISTIBLE AUN PARA LOS PESIMISTAS, ESCÉPTICOS Y AGNÓSTICOS

Sentía que compartía la vida sobre esta tierra con la esencia de lo que ella era. Todo pasa sobre esta tierra. La vida puja por un instante de "no-muerte" en una página donde diariamente se inscriben las personas y las luchas. Anónimas batallas, continuas, que sólo ocupan por un tiempo los que no son vencidos. Esta tierra se llena de signos. Hay grandezas y miserias. Hay una sensación constante de permanecer en la contienda. Pero la perfidia está en el tiempo, pues todo lo

transforma. Todo está sobre la tierra. El pienso y el forraje. Por debajo de ella la transformación adolece de conciencia, yace como el olvido. El tiempo es el rostro invisible de la perversidad sobre la conciencia del hombre. Es el arquitecto de la muerte y el verdugo de lo existencial.

Me pregunto cómo asirme a la vida. Tolerarla tal cual es. Soportar las insignificancias diarias sabiendo que inadvertidamente debemos consumir al tiempo. ¿Cuál es el sentido de transitarla con la conciencia a cuestas? No querría desprenderme del presente, pero suelo caer en la obsesión por el pasado. El porvenir es el mejor acto imaginativo. Cada día es un desafío que apenas puedo empujar hacia la mañana siguiente. Quizás sea el castigo, transcurrir los días hacia los crepúsculos para repetir la proeza en cada despertar.

Las noches se fueron volviendo mágicas. Mañana volveré a desandar el día con la parsimonia de siempre. Con la misma lealtad al instinto. Dejando de lado la enseñanza de todos los días en esta tierra acontecida. Un niño corre de pronto llorando desprendido de su madre. El consuelo es inútil, adolece de causa visible. Parte de él mismo. Quizás haya percibido mis abstracciones. Si ese llanto corresponde al tenor de mi escepticismo, ya es tarde. Demasiado tarde para engañar a la conciencia.

Ya no puedo proseguir hacia el mañana. Existe como tiempo, no como "mi-tiempo". Necesito pensar hacia otra latitud. Y en esa búsqueda ansío una referencia, un origen, un testimonio que me justifique. Sucede en el momento en que la existencia no motiva más al instinto. Entonces queda el último hito. Que alguien explique el sentido que albergó esta pesadilla. Una jauría de días sombríos que solamente pudimos combatir con aquellas emociones que provienen del afecto. Sólo en ese apogeo nos olvidamos del verdadero "ser" y flotamos entre las utopías.

Soy un personaje que llega de la mano del artista, así como el hombre lo hizo desde alguna creación. Pero puedo adquirir mi propia libertad. Voy desentrañando el camino que va de la ficción a la realidad, del instinto al individuo, de la felicidad a perderla. Transfigurar al hombre en mito es de los artistas. De aquellos que pueden asumir la derrota y regresarla a la vida.

Jorge C. Trainini